

Catherine OMNÈS, *Ouvrières parisiennes. Marchés du travail et trajectoires professionnelles au 20e siècle*, Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1997, 347 pp.

Este libro tiene dos objetivos. El primero es «identificar el medio obrero femenino» de la región parisina durante el siglo XX, y en particular el origen social y geográfico de las obreras, sus comportamientos familiares (cómo influye la proletarianización sobre la nupcialidad, la fecundidad y la mortalidad infantil, en un intento de comprobar la tesis sobre el «malthusianismo radical» que caracterizaba según Ariès a la clase obrera parisina desde la guerra de 1914), y las trayectorias profesionales (duración, ritmos y formas de la movilidad). El segundo objetivo es «comprender mejor la estructura y el funcionamiento del mercado de trabajo a la luz de los procesos de movilidad individuales». Para la autora, el estudio de los procesos de movilidad es importante por tres razones: contribuye al debate teórico sobre los mercados de trabajo, en la medida en que la existencia de mecanismos que frenan la movilidad y crean segmentos de trabajadores cuestiona la visión neoclásica de un mercado fluido; permite deshacer simplificaciones sobre la posición de las mujeres en los mercados de trabajo y, en tercer lugar, ilustra el impacto de las coyunturas económicas en los mercados de trabajo, el grado de rigidez o permeabilidad de éstos.

El trabajo estudia el conjunto del siglo XX, prestando una especial atención al periodo entre las dos Guerras mundiales, que aceleraron los procesos de declive de la actividad agrícola y de redistribución de los empleos industriales hacia las ramas de la Segunda Industrialización.

La fuente básica del estudio son los expedientes de jubilación del IRNIS (Institution de Retraite Nationale Interprofessionnelle de Salariés), correspondientes a 631 obreras de la región del Sena.

La segunda fuente la constituyen los ficheros de personal de varias empresas de la región, de los sectores del automóvil (Panhard y Levassor), de la telefonía (la Compagnie française des téléphones Thomson Houston) y la cosmética (Thibaud Gibbs). Por último, se han utilizado testimonios escritos y orales de antiguas supervisoras de fábricas y de jubiladas del IRNIS, además de archivos públicos y de organizaciones patronales, como la UIMM (Union des industries métallurgiques et minières), y el GIM (Groupe des industries métallurgiques, mécaniques et connexes de la région parisienne).

El libro está organizado en tres partes: la primera, «La segmentación del mercado de trabajo», estudia los mecanismos que limitan la movilidad profesional, sectorial y geográfica de las trabajadoras en la región parisina. Se plantea como una contestación al modelo de segmentación de Piore, según el cual las mujeres se concentrarían en un mercado secundario, caracterizado por empleos precarios, poco cualificados, con salarios y condiciones de trabajo malos y en los sectores industriales en declive. Pero los datos recogidos cuestionan sólo parcialmente esta idea. Por ejemplo, la movilidad intersectorial de las mujeres de la muestra se produce en la mayoría de los casos en dirección al personal de servicio, pero en

empleos-refugio que permiten criar a los hijos manteniendo una actividad asalariada, que no son «en aucun cas le signe d'une promotion professionnelle» (p. 28).

Aparece una muy fuerte segmentación entre los empleos cualificados y los poco cualificados, en los que se concentran las mujeres, si bien Omnès muestra que el criterio con el que patronal y sindicatos definen un empleo cualificado en el sector metalúrgico favorece arbitrariamente a los trabajos desempeñados por los hombres. La movilidad ascendente se produce a través de dos vías: la promoción a los puestos de oficiales (de la que se benefician menos del 5% de las trabajadoras de la muestra, casi todas en sectores tradicionales feminizados, como la alta costura), y el paso a una actividad independiente, como artesanas o comerciantes. La diferencia con la movilidad masculina estaría en las ramas de actividad: sólo los sectores tradicionales ofrecen a las mujeres una cualificación reconocida y premian con ascensos la permanencia en la empresa.

El análisis de Omnès de la organización de las ramas de actividad sigue el modelo tripartito de Piore: un mercado intersectorial de trabajadoras móviles, poco cualificadas, con fuerte movilidad geográfica; mercados sectoriales, con trabajadoras que hacen toda o gran parte de su carrera en el mismo sector pero con fuerte movilidad entre empresas, y mercados internos con gran estabilidad de la mano de obra. La existencia de mercados sectoriales exige el desarrollo previo de un sistema de cualificaciones y puestos estandarizados en cada sector. Además de las nuevas tecnologías, propicia su surgimiento el desarrollo de la negociación colectiva, instaurada durante la I Guerra Mundial y consolidada en los años 20 (que lograron una mejora de las condiciones laborales y salariales, como salarios mínimos reajustados en función del coste de la vida, vacaciones pagadas y semana inglesa). Para las trabajadoras, la movilidad era en parte forzosa (un mecanismo que compensaba la fuerte estacionalidad de la demanda de trabajo que aún existía en muchos sectores) y en parte también una opción, en la búsqueda de mejores condiciones de trabajo.

La mayoría de las trabajadoras de la muestra estudiada pertenecen a estos «mercados profesionales» porque éstos son característicos de los sectores tradicionales, como el de la costura. En cambio, en las industrias nuevas y menos feminizadas, como las metalúrgicas, mecánicas y eléctricas, la movilidad de las mujeres es casi inexistente porque el sistema de aprendizaje post escolar está reservado a los varones.

Los mercados internos, por su parte, aparecen por la necesidad de las empresas de garantizarse una mano de obra cualificada que no encuentran en el mercado, dadas «les carences du système de formation professionnelle en France» en comparación con Alemania, cuyos industriales «recourent au marché du travail professionnelle qu'alimente un système d'apprentissage très poussé» (p. 62). Se ven reforzados por la difusión del modelo empresarial del catolicismo social, que intenta crear relaciones «familiares» entre empresarios y trabajadores y estabiliza la mano de obra (como en la empresa de cosmética Roger & Gallet, p. 64). La contratación por recomendación, característica de estos mercados, permite a las mujeres compensar en parte su limitado acceso a otros mecanismos de contratación. La existencia de «dinastías obreras» en empresas como la Compagnie des téléphones recuerda las de empresas españolas, como la Fábrica de tabacos de Sevilla, estudiada por Lina Gálvez Muñoz, o la Compañía Telefónica, estudiada por Cristina Borderías (*Entre Líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica, 1924-1980*).

El análisis de la movilidad de las trabajadoras (y de su cualificación, niveles salariales y productividad) en relación con las políticas de empleo de las empresas (sus niveles tecnológicos, cohesión sectorial, estacionalidad de la producción), confirma el interés de integrar la historia empresarial con la de los mercados de trabajo. Aunque los resultados son imprecisos en algunos casos: se afirma que «la pénurie de la main d'oeuvre concerne aussi bien les ouvriers qualifiés que les manoeuvres.» (p. 61) ¿Se combatió la insuficiente oferta de trabajo con una política salarial? «Si l'on en croit le Groupement des industriels d'Aubervilliers-Pantin, qui fait une enquête sur les salaires en juin 1928, le dépassement du taux moyen par les salaires des manoeuvres femmes s'explique par la pénurie de main-d'oeuvre dans la région.» Esta encuesta de la patronal puede ser indicativa, pero no suficiente, para explicar una cuestión fundamental. En todo caso, la supuesta escasez de oferta de trabajo se contradice con los testimonios de las trabajadoras que se aportan en la tercera parte, sobre salarios muy bajos y constantes periodos de interrupción forzosa de la actividad por falta de empleo.

La segunda parte, «Los ritmos y las mutaciones del mercado de trabajo», analiza los mercados de trabajo en las distintas coyunturas históricas del siglo. Se divide en cinco capítulos: «La aceleración de la I Guerra Mundial», «La coyuntura alta de los años 20», «Los años negros», «Los tiempos muertos de la Ocupación», y «Los destinos profesionales del après-guerre». La Primera Guerra Mundial provocó, en Francia como en otros países europeos, la incorporación masiva de las mujeres a industrias hasta entonces muy masculinizadas: en el departamento del Sena la tasa de feminización de la metalurgia pasa del 7% en 1913 al 30% en 1917 (de 8.000 se pasa a 100.000 trabajadoras). Los ritmos de trabajo se endurecen, con jornadas de hasta 12 horas/día, reducción del descanso semanal y supresión de la legislación que prohibía el trabajo nocturno. Estas nuevas obreras industriales provienen en parte de la población inactiva, de otras industrias (las manufacturas ligeras, como la confección y la sombrerería, donde la guerra ha provocado un fuerte paro), pero sobre todo de los servicios (el servicio doméstico): más del 86% de las activas ejercen un empleo industrial durante la guerra.

El análisis de la coyuntura alcista de los años 20 resulta mucho más discutible. Se dice que la tasa de actividad de las mujeres en Francia era del 42,3 en 1921, 37,1 en 1931 y 34,2 en 1936 (del 46,2, 42,1 y 38,5 en la región del Sena, p. 13, nota 19). En contraste con el largo periodo de crecimiento global del empleo femenino entre 1860 y 1921, a partir de esa fecha se inicia, según Omnès, el «long déclin de l'emploi féminin et la masculinisation de la population active qui perdurent jusqu'au début des années 1960 (...) deux phénomènes structurels majeurs et spécifiques à la France» (p. 12). Pero al no dar la tasa de actividad anterior a 1921, resulta imposible valorar el efecto que tuvo la desmovilización tras la Primera Guerra Mundial, un rasgo clave de la evolución de la ocupación y la actividad de la Europa del siglo XX.

Se echa de menos una mejor inserción del caso francés en el contexto europeo, en especial en comparación con el caso británico (no se citan los trabajos de C. Hakim o D. Beddoe). Omnès se limita a afirmar que la tasa de actividad femenina británica «progresó del 25% a principios del siglo al 31% en 1961», un dato que no dice nada. La tasa de actividad de las mujeres en Gran Bretaña siguió la siguiente evolución: 31,6 en 1901, 32,5 en 1911, 32,3 en 1921, 34,2 en 1931, 34,9 en 1951 (no hay datos para 1941), 37,7 en 1961 y 42,8 en

1971. En zonas dominadas por la industria pesada, como Gales, la ralentización de la tendencia al alza que se advierte en los años 20 y 30 se convierte en claro retroceso: 27,6 en 1911, 23 en 1921, 21,5 en 1931 y 25 en 1951 (Deirdre Beddoe, *Back to Home and Duty. Women between the Wars 1918-1939*, 1989, p. 56). Es decir, en Gran Bretaña, una parte importante de la pérdida de empleos industriales se tradujo primero en desempleo y luego en la disminución de la tasas de actividad femenina: las trabajadoras, desanimadas, habrían salido del mercado de trabajo o se habrían concentrado en manufacturas a domicilio que las hacían invisibles, a efectos estadísticos, como asalariadas.

Como en Gran Bretaña, la desmovilización de los hombres de los frentes produjo en Francia el despido masivo de las mujeres de las fábricas donde habían trabajado durante la guerra, como muestra Omnès. Una circular ministerial de 13 de noviembre de 1918 ofreció una prima equivalente a un mes de salario a quienes dejaran sus empleos antes del 5 de diciembre (p. 113). Las empresas privadas siguieron el ejemplo: en enero de 1919, 5.000 mujeres habían sido despedidas de Citroën con indemnizaciones; «beaucoup les ont déjà précédées, sans indemnité». En Panhard, 95% de las obreras fue despedido antes de finales de 1920. Pero estos datos de empresas concretas no se contrastan con la evolución general de la actividad y la ocupación por sectores.

Esta comparación hubiera resultado aún más conveniente porque lo ocurrido en la región del Sena sugiere que allí donde antes de 1914 existían industrias tradicionales consolidadas, muy feminizadas, que se recuperaron tras la guerra gracias a una demanda renovada, los despidos masivos de la industria habrían provocado un menor desempleo y un menor descenso de la tasa de actividad (el repliegue al trabajo doméstico), gracias a que se produjo un trasvase sectorial. Omnès muestra cómo la famosa industria del lujo parisino (las casas de alta costura, la confección, cueros-pieles y textil), muy feminizada, mostró un comportamiento muy dinámico, atrayendo una demanda internacional de alto poder adquisitivo y generando miles de empleos indirectos en casas y pequeños talleres. El éxito de estos sectores en conseguir una mano de obra adecuada a su producción de gran calidad se debe a la existencia de canales internos de promoción y aprendizaje, la colaboración institucional, que crea escuelas de bordado, patronaje y costura para niñas, y a una política contractual y salarial atractiva.

El libro está lleno de información sugerente. Tiene, sin embargo, algunos problemas importantes que se derivan del tipo de muestra utilizada. El IRNIS es «une caisse de retraite complémentaire, aussi les femmes qui ont quitté précocement le marché du travail ont elles fort peu de chances de figurer parmi ses allocataires» (p. 14). En realidad el problema es mayor. Al considerar una muestra de trabajadoras nacidas entre 1901 y 1911 y *que han permanecido activas desde su juventud hasta la edad de jubilación* como representativa del conjunto de las trabajadoras de esa época en la región estudiada, se están ignorando los dos rasgos que caracterizan el trabajo de las mujeres en las sociedades industriales: en primer lugar, la alternancia de periodos de actividad (presencia en el mercado de trabajo reconocida estadísticamente) con periodos de «inactividad» en los que se cría a los hijos y se realizan los trabajos no pagados que conocemos como domésticos. Las entradas y salidas de las mujeres de la actividad tienen efectos en las tasas de actividad (general, femenina y masculina) y en las características de la actividad: los niveles salariales, las posibilidades de formación, las vías de promoción, la cualificación, etc.

El segundo rasgo que caracteriza el trabajo de las mujeres es que, en los periodos estadísticamente computados como de inactividad, el trabajo doméstico se compagina casi siempre con formas no fabriles del trabajo asalariado, como las manufacturas domésticas, ciertos servicios, etc., ocupaciones mencionados repetidamente por las entrevistadas en la tercera parte, «La historia personal de las mujeres». Omnès habla de empleos-refugio, de la estrategia consistente en buscar empleos que permitieran ocuparse del trabajo doméstico (horarios elásticos o parciales, fábricas más cercanas al domicilio aunque supusieran pérdida de salario o nivel profesional, o la conversión en trabajadoras a domicilio), pero no integra esto en su análisis, ni matiza la validez de su propia medición de los periodos de «retirada» de la actividad, que identifica con los periodos de abandono de la actividad fabril.

CARMEN SARASÚA GARCÍA